

este libro un instrumento apropiado para una primera aproximación a los temas que en él se tratan.

Alfonso García Nuño

MORÓN ARROYO, C., *El sistema de Ortega y Gasset* (Editorial Mendaur, Pobra do Caramiñal 2011). 518 pp. ISBN 978-84-937258-9-1

Ciriaco Morón Arroyo ha sido, hasta su jubilación, titular de la cátedra “*Emerson Hinbliff*” de Estudios Hispánicos en la *Universidad de Cornell* (Nueva York, EE.UU.); en la actualidad, es investigador honorario en el *Grupo de Análisis del Discurso* del *Centro de Ciencias Humanas y Sociales* del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* de Madrid. Es asimismo doctor *honoris causa* en Letras Humanas por la *Universidad de St. Joseph* de Filadelfia (EE.UU.). Entre sus publicaciones hay que destacar: *Abstraktion und Illumination. Probleme der Metaphysik Bonaventuras. Dissertation* (1963); *El sistema de Ortega y Gasset* (1968), cuya segunda edición comentamos; *Sentido y forma de La Celestina* (1974), revisada en su 2ª edición de 1984; *Nuevas meditaciones del Quijote* (1976); *Calderón: pensamiento y teatro* (1982); *El “alma de España”*. *Cien años de inseguridad* (1996); *Las Humanidades en la era tecnológica* (1998); *Para entender el Quijote* (2005).

Después de una larga espera, ha vuelto a editarse el estudio del profesor Morón, *El sistema de Ortega y Gasset*, que en su momento supuso un antes y un después en los estudios del pensador madrileño, aunque su acogida no fuera pacífica, como el autor constata en el interesante prólogo a esta segunda navegación de su texto: “Es halagüeño comprobar que mi construcción del pensamiento del filósofo llegó a imponerse, incluso entre los discípulos de la última etapa, cuya reacción a mi libro fue decididamente hostil” (p. 14). Como confiesa el autor, no se trata de una modificación o ampliación de la primera edición: “Sólo he corregido algunos signos de puntuación y el orden de las palabras en alguna frase, siempre en busca de la mayor transparencia” (p. 12). Lo que no quiere decir que hoy no matizara o cambiara alguna cuestión tal y como aparecieron entonces. Pero en general considera que, teniendo en cuenta las obras de Ortega publicadas póstumamente, el libro sigue siendo válido, hasta entender que este estudio es paso obligado para cualquier trabajo serio sobre el pensador español.

En las páginas del nuevo prólogo, el profesor de Cornell nos señala que el punto de arranque de este estudio fue el contraste hallado entre escritos en que el filósofo madrileño trataba de estética. La profundización para la comprensión de esto trajo consigo la clasificación de los escritos de Ortega en cuatro períodos que “expli-

can las contradicciones, inconsecuencias y ambigüedades que se encuentran en los escritos orteguianos de distintas épocas” (p. 13): neokantiano, fenomenológico, biólogo y existencialista. La clave de la clasificación se encuentra en los cambios que se detectan en los conceptos de razón y vida.

Después de los prólogos a la primera (p. 9-10) y segunda edición (pp. 11-20), el libro se inaugura con una “Introducción” (pp. 23-46). En estas páginas, Morón justifica la razón de ser del libro. Lo sitúa respecto a otros autores: S. Ramírez, J. Gaos, J. Ferrater Mora, A. García Astrada, J. Marías. Expone el método evolutivo que va a emplear: “Si encontramos que en torno a ciertas fechas y en torno a ciertos libros vivieron en su mente determinados complejos temáticos, podremos señalar etapas diversas en su pensamiento” (p. 40). Pero además de la cuestión temática, toma en consideración tres perspectivas: “La perspectiva visual estudia la obra en su contenido más externo y aparente: fuentes, estilo y estructura; la perspectiva intelectual intenta situarse en los presupuestos biográficos e ideológicos del autor y recrear su pensamiento. [...] La perspectiva “sentimental” integra la obra en la personalidad de que surge” (pp. 40-41). En contraste con Marías, “hay dos convicciones esenciales –entre otras muchas– en el sistema orteguiano: la primera es que no hay épocas puramente de transición, que en todo momento la vida ha tenido alguna forma de plenitud; la segunda es que el pensamiento orteguiano ha sido circunstancial: ha hablado aquí y ahora, pero ha hablado de aquello que aquí y ahora había leído y le preocupaba” (p. 44).

El primer capítulo se titula “Literatura, filosofía y sistema” (pp. 50-84). Antes de nada, la cuestión que se plantea Morón es el talante filosófico de Ortega: “afán de auténtico entender, actitud interrogativa, actitud universalista e “introduccionismo” –no encuentro mejor palabra– son constantes en la obra orteguiana y son las notas esenciales del talante filosófico” (p. 52). A lo que hay que añadir la determinación del pensador madrileño a hacer filosofía con rigor. Después, el capítulo atiende a cuestiones referentes a la expresión y estilo de escritura, a las dotes literarias y al ensayista. Tras esto el autor se centra en ver la idea que de filosofía se forjó desde Cohen, Mehlis y Husserl, para finalizar ponderando hasta qué punto encontramos en el pensador madrileño sistematicidad.

El siguiente capítulo se centra en las “Etapas del pensamiento orteguiano” (pp. 87-107). Entre el más extremo circunstancialismo y las interpretaciones que ven a nuestro filósofo sin apenas cambios significativos, Morón señala: “Tenemos al pensador en la unidad y consecuencia de su vida; tenemos ciertas convicciones básicas desde las cuales se enjuicia la circunstancia [...]. La evolución hay que buscarla en el punto intermedio de las convicciones radicales presentes en su obra escrita y que explican su modo o diferentes modos de enjuiciar la circunstancia” (p. 88). De esta evolución tiene conciencia el propio Ortega y el profesor de Cornell lo pone de manifiesto. ¿Cuáles serán los criterios con que determinar la evolución de una filosofía? Dos son los que se señalan: cómo se entienda la comprensión de la realidad y cuál sea la realidad radical que dé unidad a todo; como ya adelantábamos, los cambios en la concepción de la razón y la vida serán determinantes para indicar una etapa nueva en Ortega.

Sobre estas bases, Morón señalará, como hipótesis a comprobar al estudiar distintos elementos de la obra de Ortega en los restantes capítulos, los estadios que ya indicábamos: 1. de 1907 a 1914 o neokantiano; 2. de 1914 a 1920 o fenomenológico; 3. de 1920 a 1927 o biologista; y 4. de 1928 en adelante o existencialista, en el que tiene un papel determinante la lectura de *Ser y tiempo* de Heidegger. El capítulo se concluye matizando la propuesta en diálogo con Ferrater y considerando el tema de España en toda la obra del filósofo.

A partir de este momento, Morón pondrá a prueba la hipótesis indicada contrastándola con una serie de temas, uno por capítulo, de modo que cada una de las cuestiones que más interesaron a Ortega den la verdad de la periodización propuesta en el capítulo segundo: la vida (pp. 111-164), la circunstancia y el mundo (pp. 167-193), el hombre (pp. 197-228), el conocimiento (pp. 231-262), perspectiva y verdad (pp. 265-284), la sociedad (pp. 287-327), la historia (pp. 331-372), la cultura (pp. 375-402), la estética (pp. 405-436), y, por último, ética y pedagogía (pp. 439-460).

En todos estos capítulos, nos vamos a encontrar frecuentemente con la prevención del autor, casi hasta el temor, por no encajar el pensamiento de Ortega en una cuadrícula elaborada *a priori*. El lector, sin perjuicio de las matizaciones que se puedan hacer, observa cómo va respondiendo a la prueba la hipótesis: el libro es toda una lección de seriedad metodológica. Pero lo más importante no es esto, sino al servicio de qué está; esto no puede ser otra cosa que la comprensión del autor estudiado y el facilitar herramientas para posteriores estudios.

Al final, Morón dedicará un capítulo (pp. 463-484), en el que tienen un papel destacado los teólogos N. Monzel y K. Rahner, no sólo a las relaciones entre la filosofía de Ortega y la teología católica, sino también a las posibilidades que ofrece para ésta. Unas páginas, comprensibles en su momento por la controversia, de años anteriores al de la primera edición, sobre el filósofo desde determinadas posiciones teológicas (cf. pp. 26-32), que resultan un tanto prescindibles en el propósito general de la obra, además de no del todo satisfactorias, pese a que la cuestión es de sumo interés también hoy.

Tras lo cual, finaliza la obra con una coda (pp. 487-494) dedicada a las conclusiones:

El sistema de Ortega cambia conforme a cuatro aspectos de la realidad, que él sitúa como radicales: el ideal, la perspectiva, el impulso vital y la existencia. La pregunta es: ¿Tiene un sistema o cuatro sistemas? Un sistema, que evoluciona hasta encontrarse plenamente en lo que hemos creído durante años que era la realidad auténticamente radical: la existencia. [...] Las filosofías de la existencia, incluida la de Ortega, pretendieron buscar la base de nuestros conceptos y de la cultura; ahora, pasados unos cuantos años buceando en las entrañas del hombre, volvemos a los conceptos (p. 488).

La figura de Ortega, lejos de verse mancillada, crece, pese a que no responda a la idea preestablecida de prestigio filosófico que uno pueda tener. Aunque esto tal

vez hoy huelgue decirlo, por más que hace algunas décadas no se viera tan claro. Si bien nunca está de más traer a memoria lo nefastas que suelen ser las visiones oficiales de un pensamiento; vivir de la canonización de una filosofía es morir, ninguna fundación o persona puede pretender el monopolio de un filósofo, lo clásico toma su energía de su permanente capacidad para vincularnos con la verdad y la realidad. Por ello, con la distancia de los años, al ver su tarea realizada y soportando el paso del tiempo, dice Ciriaco Morón del filósofo madrileño: “Para mí es un clásico, y por consiguiente, su valor principal está en el futuro” (p. 19).

¿Y cómo? El emérito profesor de Cornell nos habla de dos posibilidades en una: “Lo importante ahora sería pensar desde Ortega. Desde este libro se impone otro: analizar sus conceptos fundamentales. [...] Espero el día en que algunos filósofos españoles –idealmente de cualquier otra lengua– den en las universidades cursos de filosofía o de pensamiento desde Ortega” (ibid.).

Lo decisivo es la preposición *desde*. Para ello los estudiosos cuentan, además de con la edición crítica de las obras de Ortega¹, cuya publicación recientemente ha terminado, con un libro imprescindible, entre otros, como lo es éste, que facilita la indispensable topografía orteguiana y que impone la necesidad no de otro libro, sino de otros muchos estudios sobre los conceptos fundamentales del filósofo español, sin perjuicio de lo mucho ya realizado.

Alfonso García Nuño

DONEGÀ, D., *L'intenzionalità erotica e l'azione del corpo in Maurice Merleau-Ponty* (Cantagalli, Siena 2011). 323 pp. ISBN: 978-88-8272-600-3

La colección “Studi sulla persona e la famiglia” del Pontificio Instituto Juan Pablo II nos ofrece este estudio sobre la intencionalidad erótica y la acción del cuerpo en el conocido fenomenólogo francés Maurice Merleau-Ponty (1908-1961). Tras celebrar el año pasado el cincuenta aniversario de su muerte, resulta interesante profundizar en el trabajo llevado a cabo por este filósofo que se enmarca en la metodología fenomenológica inaugurada por Husserl y que, en ámbito francés, sigue teniendo una gran resonancia en diferentes autores como M. Henry, J.-L. Marion, J.-L. Chrétien...

1 Hubiera sido deseable que, aun manteniendo en las citas las referencias a las anteriores obras completas, esta segunda edición hubiera facilitado al lector la paginación y tomo de las recientemente publicadas. Señalemos que el libro se ha visto enriquecido con un útil índice de nombres.